

tiles lo practican: nosotros debemos distinguirnos de ellos en las obras, y aun en los pensamientos; desear bien á todo el mundo, á todos, á todos por malos que sean.

Luisa. Pues si no fuera por eso, todos los dias habria una quimera en casa con mi hermano; pero me acuerdo de lo que aquí se nos dice de lo que hizo su Divina Magestad con los mismos que le crucificaban, y así me aguanto, callo, y sufro cuanto puedo.

Maestra. ¿Y qué dice su padre de vd. al ver esos modales tan malos, y peores tratamientos?

Luisa. Señora, si he de decir la verdad, mi padre, y mucho mas mi madre, aunque tan buenos, tienen en algun modo la culpa de que se desvergüenze con ellos. Cuando niño le daban tanto mimo, que no habia gustito que le negasen, era el *consentido* en toda la extension de la palabra: le dejaban que se saliera en todo con la suya, hasta pegarnos á la muchacha y á mí; y si mi padre le reprendia alguna que otra vez, se ponía mi madre muy enfadada, diciendo que parecia tenia ojeriza con el muchacho. Así ahora, los trata de tú por tú, y con tanta desvergüenza como á mí: anoche cuando la luz, los llamó ignorantes; dijo que no habian visto el mundo mas que por

un agujero; que estábamos hechos unos bestias los que no habiamos estado en otras tierras.

Clarita. Tampoco cojemos polvo, ni nos llenamos de manchas.

Luisa. Despues cuando lo del cuarto, que tambien sintieron algo, porque le empezaron otra vez á reñir, él empezó á silbar, cogió el baston, y dando un portazo muy grande, se marchó hecho un toro lleno de corage.

Directora. ¿Y no volvió despues?

Luisa. No señora: no duerme en casa las mas de las noches: y cuidado que le pregunten donde ha estado, que entonces ya la tenemos buena por todo el dia.

Clarita. Señorita, ¿es así como esa la que llaman la casa del tio Chilorro?

Directora. ¿Por qué, hija mia?

Clarita. Como dicen que allí mandan todos menos el amo.

Directora. Así es, así es; y ¡así hubiera pocas de estas! Son innumerables los daños y perjuicios que se siguen de criar los hijos con tanto mimo ó tan desmedido amor. ¿Y qué diremos de los padres, que á esto añaden no darles la instruccion debida? Así se ven tantas ignorancias

que no podían imaginarse aun entre gentes que naturalmente son bien inclinadas.

Maestra. Cada vez que se toca este punto de padres de familia, naturalmente me acuerdo de una historieta que leí, y lo que respondió un tunante á otro que le presentó un pajarito en la mano.

Niñas. ¿Qué fué eso del pajarito, señorita?

Maestra. Un tunante de los muchos que andan por el mundo comiendo y bebiendo á costa de otros, fingió para esto, que sabia lo que habia de suceder á cada uno: y que acertaba las preguntas que le hacian.

Severa. Señorita, tendria para eso algun libro como aquel de mi Roque.

Maestra. ¿No se le ha olvidado á vd. aquel libro y todas sus tonterías? No señora, no necesitaba él de otro libro, que el mucho mundo que habia corrido, la trápala que metia cuando le preguntaban algo, y las voces ambiguas con que respondia. Andaban muchos á dejarle avergonzado sin que supiese qué decir á las preguntas que le hacian; pero su gitanesca era tanta, que no lo podia lograr. Otro tuno que tenia envidia de lo que así ganaba, ofreció á los del pueblecito en que se hallaba el adivino, que si le daban cierta canti-

dad, se obligaba á dejarle mal delante de todos, haciéndole ver lo contrario de lo que respondiese. Se la ofrecieron si salia con ello, y muy ufano se presentó delante del agorero con un pajarito dentro de la mano y le dijo: adivino, ¿el pajarito que tengo en mi mano está vivo ó está muerto? Era su intencion dejarle volar si decia que estaba muerto; ó apretarle fuertemente y dejarle caer muerto si decia que estaba vivo.

Niñas. Así siempre le cogia, señorita, aunque dijera lo que quisiera.

Maestra. Pues no sucedió de ese modo; porque fué de tuno á tuno; y aunque no era adivino habia corrido y aprendido mucho para no dejarse sorprender. Se quedó un poco reflexionando, y por último le respondió de este modo: el pajarito que tienes en la mano estará como tú quieras, si vivo, vivo; si muerto, muerto: porque de lo que está en mano de uno puede hacerse lo que se quiera.

Niñas. ¡Ay qué pícaro, señorita! Como le entendió la maula; y qué bien le respondió.

Maestra. Pues lo mismo se puede decir de los hijos de familia. Son como unos pajaritos, ó masa blanda, que está en manos de sus padres pudiendo formar de ellos lo que quieran. Si quier-

ren que sean buenos, serán buenos; y si malos, malos. Cual es la madre, es la hija.

Severa. Señorita, por do salta la cabra, salta la que mama; ó como otros dicen: de padre cojo, hijo renco.

Maestra. Ello es que para todo tiene vd. su francito. Así es. La buena conducta de los padres y superiores, es la predicacion mas elocuente para sus hijos y demas inferiores; sin esto poco adelantarán por mas que les prediquen.

Niñas. Como los cangrejitos que vd. dijo, que no aprendieron á andar hácia delante, porque sus padres no lo hacian ¿es verdad?

Maestra. Ciertamente; pero aun no basta esto para que salgan los niños tan cabales y completos, cual debe desearse. El buen ejemplo es sin duda alguna lo principal de todo; pero es indispensable una sólida instruccion, especialmente en materia de religion; no siendo así, por buenos ejemplos que hayan recibido los hijos de sus padres, están muy espuestos, siendo grandecitos, á ser seducidos por los libertinos, é impíos; y cuando esto no sea así, incurrirán por lo menos, aunque de buena fé, en algunas cosas de que se rian los enemigos de nuestra santa religion que siempre están en asecho, ó atisbando nuestros defec-

tos, por leves que sean, para ridiculizarnos y descreditarnos cuanto ser pueda. Ni la instruccion basta sin el buen ejemplo; ni el buen ejemplo sin la debida instruccion.

Severa. Señora, cuando estuve yo rezando en Santa Teresa, entraron unas señoritas, y se fueron derechas á rezar al Santísimo Cristo, y nada rezaron al Santísimo Sacramento.

Directora. Eso es lo mismo que si trataran en mi casa, y se hartaran de hacer cortesias á un retrato mio, sin decirme á mí nada. Todo procede de la falta de instruccion que hemos dicho: y con estas ignorancias se dá márgen á los libertinos, para que se harten de llamarnos supersticiosos.

Severa. Esas que hacen eso, no sabrán que está en el sagrario Jesucristo hecho hombre.

Directora. Si lo saben, bien lo disimulan. Esto se advierte, cuando pasan por delante sin hacer genuflexion alguna. Están bien hechas las reflexiones que vd. ha insinuado; pero lo que yo quisiera fuera, que como vd. advierte los defectos de las otras, advirtiera los suyos, y se supiera contener en ese genio tan fuerte que tiene. La sucede á vd. cabalmente lo que dice la fábula de los vicios y la alforja. Los agenos los lleva delante, y los propios á la espalda donde no los pue-

de ver. El remedio en este caso ya sabe vd. que es

Severa. Trocar la alforjilla, señorita; pero ya digo á vd. lo que me pasa casi sin querer.

Directora. El principal estudio que han de hacer todas vds. es estudiarse á sí mismas, viendo la pasión á que son inclinadas, y tomar todos los medios para contenerse y enmendarse.

Maestra. Y lo principal de todo, lo que aquí se repite á vds. tanto: *andar en la presencia de Dios.*

Engracia. Acordándonos que está siempre con nosotros viendo lo que hacemos.

Directora. Esa es la principal de todas las máximas y la que mas puede contribuir á nuestra justificación. La presencia de Dios, niñas, la presencia de Dios: Dios está presente y viendo cuanto hacemos.

Severa. Tiene vd. mil razones, señorita; pero sucede lo que se dice, atajando su buena razón de vds., que como no le vemos se nos olvida, y nos parece que no es así.

Directora. Diga vd., Maestra, ¿cómo no reprende vd. en las niñas este modo de hablar tan vulgar, con esas frases, repeticiones y muletillas, solo propias de gente comun y nada civilizada?

Maestra. Está todo advertido y reprendido

muchas veces, principalmente cuando se las ha instruido sobre el modo de poner una carta, para que no sean de las de *me alegraré que estas cuatro letras te encuentren con la cabal salud que yo para mí deseo*, y otras vulgaridades que en el escribir y el hablar solo tienen lugar entre patanes; pero sepa vd. que casi ninguna tiene en la Amiga semejantes defectos: la Severita puede decirse que hasta ahora no ha vivido en México.

Directora. Ya lo ha oído vd.; procure hablar con mas propiedad y disculparse menos. Vd. siempre sale con alguna disculpa; y esa misma penetración que tiene para disimular sus defectos, ha de ser la peor contra vd. en el día de la cuenta, pues arguye, que tiene entendimiento para todo menos para corregirse. Estoy persuadida de que sería vd. una de las mas temibles que se ven en México si no hubiera tenido la dicha de recibir tantas instrucciones como aquí se dan; pero dejemos esto, que solo en acordarme lo mal que hoy se crían y educan los hijos, me muero de pesadumbre: ¿en qué vendrá á parar una juventud tan mal educada! . . . Diga vd., Luisita, antes que se me olvide: ¿dónde leyó vd. aquello de las romerías, y el horroroso castigo que hizo la Virgen en aquel santuario?

Luisa. En este libro de las Conversaciones Familiares, que dijo vd. el otro día era tan bueno.

Directora. ¿Qué registro es este que tiene aquí?

Luisa. No es registro, señorita; son los santos que tocaron á Severa por año nuevo, y me dijo se los guardara.

Directora. ¿La Severa con su geniazó se emplea en cosas tan devotas!

Severa. Señorita, no quita lo uno á lo otro; yo no digo que no tenga mi genio como cualquiera otro, pero por lo que hace á lo demas, no señora.

Directora. Me alegro; alguna cosa buena habia vd. de tener. Esa es una costumbre de las mas loables que han introducido los buenos cristianos, en contraposicion de la que ha inventado la malicia con las cedulitas de estrechos ó compadres, para que de este modo con facilidad y sin rebozo, se contraigan amistades nada buenas.

Severa. Señorita, una cosa es esa que nunca me ha gustado; que vd. lo crea ó que no, todavía está por echar la primera cédula de esas. Para divertirse la gente, no es menester andar con esas picardías.

Directora. Me alegro que sepa vd. distinguir de diversiones.

Severa. Señorita, yo la del gallo: un ojo arriba y otro ojo abajo.

Directora. Yo no sé cómo vd. ha podido adquirir ese almacén de refranes, ni de dónde saca tanto registro como está tocando á cada paso.

Severa. No puede eso ser de por menos, señorita; como que aunque no se quiera, está una siempre oyendo esas cosas á la gente con quien se junta todos los días.

Directora. Es verdad; pero si el tiempo que vds. gastan en hablar y aprender esas cosas, le invirtieran en leer algun libro que las instruyese y sacase de las ignorancias que suelen padecer, yo aseguro que seria mas del agrado de Dios, y vds. estarian en su santa ley mas adelantadas.

Luisa. Para eso es este libro, el mas precioso que pudiera discurrirse; me parece que no puede hallarse uno tan acomodado á la clase de gente con quien trata Severita.

Directora. Cuánto me alegro se haya vd. hecho con él: buena impresion tiene y mejor pasta; pero esta estampa que tiene aquí, merecia estar en la lumbre mas bien que en este librito tan bueno. Niñas, cuidado: nunca me compren vds. ni admitan el regalo de pinturas y estampas obscenas. Este es un medio de que se ha valido el De-

monio y sus secuaces para hacernos deshonestos y corrompernos el corazón; estando bien persuadidos que corrompido este tienen adelantado mucho para descatozarnos y convertirnos en brutos feroces, sacudiendo el freno de nuestra santa religion y entregándonos á toda clase de pasiones, aun las mas vergonzosas y abominables.

Luisa. Señora, yo tengo mucho cuidado con no tener, ni querer mirar, esas estampas y pinturas que hay en algunas partes y en algunos libros; pero como está es de la Magdalena. . . .

Directora. Es verdad que representa á la Magdalena; pero no á Santa María Magdalena: quiero decir á vd., que no la representa en estado de penitente, sino en el de disoluta y pecadora, por lo deshonesto que está.

Luisa. ¿Pues para qué la pintan así?

Directora. Yo se lo diré á vd. Llega á tanto la maldad, que no se contentan los malos con romper á los que quieren ser como ellos, sino tambien á los buenos; y viendo que huyen de tener y ver las pinturas obscenas, han inventado diabólicamente pintar así los santos y aun á María Santísima, para de este modo introducir el veneno de la impureza con las cosas más santas. Si tienen vds. algunas, quémelas todas sin dejar una,

Teodora. ¿Aunque sea la Virgen?
Directora. Aunque sea la Virgen.
Teodora. ¿Y no será pecado quemarla?
Directora. No, hija mia; antes será á María Santísima muy agradable, porque no quemar vds. á una imágen suya, sino la de una mala muger que provoca á lujo, á escándalo y á impureza. Ni le hace que pongan por bajo un letrero en que digan que es nuestra divina Señora; porque en este caso, es lo mismo que si pintaran un malhechor y pusieran por bajo que era un Niño Dios.

Luisa. No me habia á mí parecido muy bien; pero como yo no sabia estas cosas y era la Magdalena, no habia hecho escrúpulo mayor.

Directora. Tienen vds. que estar muy advertidas en esto: cuidado con ello cuando compren abanicos, paises, santos, y todo lo que sea pintura, adornos y estampas; esto ha hecho más daño, que cuantos medios han inventado para desmoralizarnos y descatozarnos. ¿Invencion diabólica, que si no excede, iguala á la de los malos libros!

Casta. Ya que sean ellos malos, ¿por qué no dejarán ser buenos á los demas?

Directora. Hija mia, esa es propiedad de todo pervertido; sucede cabalmente lo que á los cer-

dos, que se revuelven en el lodazal y despues no paran hasta llenar de lodo á todos los demas. Así es esta clase de impuros, que siéndolo ellos, no sosiegan hasta corromper á todos si les fuera posible. Tengan vds. muy presente, que la única y verdadera desgracia es la eterna condenacion, y que *interes y lujuria* son los ejes sobre que rueda en nuestros dias casi todo este mundo miserable.

Luisa. No hay mas que interes, señorita, no hay mas que interes y otras cosas muy malas que se ven y oyen por esas calles.

Negruta. Señodita, ayel la metió las triplas fuera en la amaleda su buda á tia gitana.

Luisa. Esos males son otros de los que hablamos; si nuestro primer padre no se hubiera vuelto contra Dios, no estarian tan contra nosotros los animalitos.

Directora. Así es, hija mia; justo castigo es que las criaturas se vuelvan contra el hombre, ya que este se volvió contra su Criador. A mas de esto, los males de esta vida y todo cuanto sufrimos nos hace acordar y desear la bienaventuranza que disfrutaremos en la gloria, y sirve para que no nos apeguemos con afecto demasiado á un mundo que debemos despreciar y detestar.

Inocencia. Mi madre ha destetado á mi hermanita poniéndose una cosa amarga en el pecho.

Directora. Pues eso hace Dios con nosotros para destetarnos de lo terreno y que aspiremos á lo que siempre ha de durar.

Inocencia. Dice la Beatriz que hemos de estar en la gloria como estamos aquí: ¿es verdad que no, señorita?

Beatriz. Yo no digo así con nuestro túnico y rebozo; pero que hemos de estar con nuestro cuerpo tambien.

Inocencia. El cuerpo lo llevan á enterrar de que nos morimos.

Maestra. Es verdad, y allí se quedará pudriendo y permanecerá hecho polvo hasta el dia del juicio; de suerte que hasta entonces solo estarán en el cielo las almas de los bienaventurados, á excepcion de Jesucristo Señor nuestro, María Santísima, y segun opinion piadosa, el Patriarca Sr. S. José, que ya están en el cielo con cuerpo y con alma; los cuerpos de los demas no irán hasta el dia de la resurreccion de la carne, en que tornarán á juntarse con nuestras propias almas para nunca mas morir.

Inocencia. Pero los que váyamos á la gloria no

tendremos gana de comer, ni nos dolerá la cabeza, ni cosa ninguna.

Maestra. Todo lo contrario; porque así como los que vayan al infierno padecerán toda clase de tormentos y dolores sin mezcla de bien ninguno, los que vayan á la gloria disfrutarán de todos los bienes sin mezcla alguna de mal: sus cuerpos gozarán de la impassibilidad, claridad, agilidad, sutileza y todo cuanto es coasiguiente á cuerpos ya glorificados.

Beatriz. Esas cosas las he leído yo en un catecismo que tiene unas estrellitas y me ha comprado mi padre.

Directora. Ese es el Ripalda novísimo. Seguramente que con las preguntas y respuestas tan graciosas que le han añadido, es, en mi concepto, el mejor, el mas completo y el mas á propósito que para niños puede desearse.

Esperanza. Qué bien que estaremos en el cielo, sin frio, ni calor, ni pulgas, ni chinches, ni tantas moscas como hay en mi casa.

Directora. Allí todo será gozo, ni habrá mal alguno. Los que hay en este valle de lágrimas sirven, como á vds. he dicho, para que no tengamos á este mundo por nuestra ciudad permanente, y ejercitemos las virtudes de la paciencia, su-

frimiento, y otras, conque nos hagamos dignos de los eternos descansos.

Luisa. Despues del pecado original, no puede haber dos glorias. Es preciso padecer lo de aquí, para lograr lo de allá.

Directora. No se olviden vds. de esta doctrina, con que sabrán responder á los blasfemos cuando pongan sus lenguas contra Dios, por los trabajos que aquí padecemos. Despues del pecado de nuestros primeros padres, es preciso comprar la gloria para gozarla, como ha dicho Luisita.

Inocencia. ¿Y las de la Amiga no iremos, porque somos pobres, y no tenemos dinero para comprarla?

Directora. Todo lo contrario, hija mia; porque el caudal con que se compra es la inocencia, los trabajos, pobreza, enfermedades.

Teresita. Y lo que decíamos el otro dia, que á los buenos por eso les da Dios esos trabajos, para que con ellos vayan luego á la gloria derechos.

Directora. Así es; Dios es justísimo: á nadie deja sin el premio ó el castigo correspondiente á sus buenas ó malas obras; por eso vemos, que lo pasan mal muchas personas justificadas, y lo pasan bien muchas de perversa conducta; porque á

estos premia con bienes temporales algunas buenas obras que hacen, castigando sus vicios con males eternos: y á los otros premia su buena conducta con bienes eternos, y castiga sus faltas con males temporales.

Rector. *La mayor ira del Señor es cuando no castiga al pecador.* Los trabajos hacen volver en sí al estraviado que se perdería en la abundancia y próspera fortuna.

Directora. No hay duda que *los trabajos hacen á los hombres buenos.*

Rector. La Sagrada Escritura manifiesta esta conducta del Señor en las mas de sus páginas; por eso leemos que cuando su pueblo prevaricaba y olvidaba su santa ley, permitia que sus enemigos é incircuncisos le hicieran guerra á muerte asolando sus campos, cautivando sus hijas y mugeres, matando sus hijos

Justa. Señorita, todo eso que dice vd. lo trae una leccion que nos echó de memoria el P. D. Juan á mi Rufina y á mí, de aquel libro que llevó á mi casa.

Directora. Me alegro: y puesto que la saben vds. de memoria, dígala vd. de suerte que la oigan las compañeritas con la misma gracia que lo hizo la otra vez.

Justa. ¿Hasta cuándo, Señor, con atrevido Orgullo los malvados, con serena Frente, consentirás que se gloríen De su poder y fuerzas, y porfíen En sus iniquidades? ¿Hasta cuándo Sin fin en la maldad con tal denuedo Se estarán, y sin miedo gloriando? Humillado tu pueblo, conculcada Tu heredad santa, ¡oh Dios! de los impíos: La viuda, el pupilo, el estrangero No están libres del filo de su espada. Y en sus abominables estravios Con sacrilego tono y altanero Dicen: ese Señor terrible y fiero, Ese Dios de Jacob, ni ve, ni entiende. ¡Oh insensatos! ¡Oh necios! ¡Qué locura! ¿Nunca tendreis razon, nunca cordura? El que formó los ojos, ¿se pretende Que ciego sea? El que formó la oreja ¿No podrá oír el llanto, ni la queja? El que domina y rije á los mortales, El sábio autor de toda humana ciencia ¿Verá con indolencia nuestros males? El Señor ve y penetrá las ideas De los hombres, y sabe que son vanas. ¡Oh felice, mi Dios el varon santo

A quien de tu ley el maestro seas!
 Que en el dia del mal y de quebranto
 Benigno y fiel enjugarás su llanto:
 Mientras el pecador la sepultura
 Se le abre, y el término á sus dias
 Llega, y finan con él sus demasías.
 Pues que Dios á su pueblo le asegura,
 Que no lo dejará desamparado,
 Ni á la heredad que para sí ha criado;
 Hasta que convertida en riguroso
 Juicio la justicia, en trono augusto
 Triunfe el justo á su lado victorioso.

Yo no sé mas que hasta aquí; lo que se sigue
 lo sabe mi Rufina.

Directora. Pues bien, que siga ahora la Rufina:
 vamos con ello.

Rufina. ¿Con quién contaré, pues que me auxilie
 Contra los que malignos me aborrecen?
 De tanto infiel perseguidor malvado
 ¿A quién habrá que mi defensa fie?
 ¿Ay si el Señor cuando los riesgos crecen,
 No me diera su auxilio, sepultado
 Estaria tal vez, y aun olvidado
 Ya de los hombres en tiniebla obscura;
 Mas apenas te clamo, si flaquea

El vacilante pié, si titubea,
 Luego ocurre al socorro tu ternura
 Con tal amor y paternal anhelo,
 Señor, que cuanto mas acerbo duelo
 El corazon penetra en su quebranto
 Tanto mas me regalas y consuelas
 Y te desvelas en templar mi llanto.
 ¿Mas habia de ser tu santo trono,
 Trono de iniquidad, que nos hiciera
 Intolerable de tu ley el peso?
 No mi Dios: y por mas que con encono
 Mortal los impíos y con saña fiera
 Espiasen al justo, no por eso,
 Ni aunque su sangre, con inicuo escés,
 Inocente vertiesen, dudaria
 De tu amparo, Dios mio, ni un momento;
 Pues tú eres mi refugio, el fundamento
 Solo eres tú de la esperanza mia.
 En esta confianza asegurado,
 Espero que les torne su pecado
 Algun dia el Señor en dura pena,
 Y que los estermine su justicia,
 Pues la propia malicia los condena.

Ya se acabó señorita.

Directora. No podia decirse ni traerse una cosa
 mas al caso en confirmacion de quanto hemos